

Abd el-Jalek Torres

Salvaguardar la patria, arriesgar la vida

A la familia Torres en homenaje a dos de sus mejores abanderados:
Sidi Mohammed Larbi Torres y Abd el-Jalek Torres

Torres, Abd el-Jalek

Tetuán, 1910 - Tánger, 1970

Dramaturgo, ensayista y político, relevante líder del nacionalismo marroquí durante el Protectorado español. Proveniente de una familia tetuaní, «los Torres», gentes ilustradas, de reconocida raigambre cultural y amplio crédito social, bien probado en el servicio, durante generaciones, al Majzén. Con diecisiete años, Torres marchó a Fez para estudiar en la Universidad *Al Qarawiyyin*, academia del saber donde se formaban las mejores luces de la filosofía, la literatura y el derecho magrebíes.

Entre ese centro del conocimiento universitario —el primero del mundo en tal sentido, muy anticipado a las primeras universidades británicas, españolas, francesas e italianas—, con estudios prolongados, con posterioridad, en El Cairo, en la Universidad *Al-Azhar*, la más afamada del mundo árabe, invirtió siete años de su vida (1927-1934), licenciándose en Filosofía y Letras. En un entreacto de su formación, viaje a París, inscripción en la Sorbona y siete meses de estudios (septiembre 1931-marzo 1932). Sus estancias en Egipto, país y cultura que le fascinaban, combinadas con sus continuos viajes a Fez y Tánger, la primera, capital imperial reconvertida en *ciudadela del sultanato francés*; la segunda, cabeza de una diplomacia internacionalista culta, egoísta, prosaica y cínica, en apariencia «versátil», pero en la práctica absolutamente inamovible; le aportaron serias dudas, que creyó superar con la amplitud de horizontes que le eran ofrecidos y su empeño requería: rescatar la independencia nacional perdida en 1912 y reunificar ambas zonas protectorales en una única patria marroquí. Todo ello en convivencia con el realismo inflexible del mundo colonial de su tiempo. Formidable desafío: ideales inalcanzables con renunciaciones instantáneas; posibilismos de larga duración con atrevimientos resueltos en un instante. Esa suma de fuerzas hostiles entre sí, abrumadoras en sus magnitudes, le llevarían a cometer *desmedida hazaña*, que cerca estuvo de figurar en su propia lápida, superpuesta a su proyecto reunificador de Marruecos.

Con su conocimiento de la historia de España y Marruecos, más su dominio de los autores clásicos de ambas culturas, sumado a su resolutiva oratoria, Torres se convirtió en la personalidad más brillante del Protectorado español. Cortejado por la Alta Comisaría, su entendimiento con el teniente coronel Beigbeder, primero como delegado de Asuntos Indígenas, luego como alto comisario desde marzo de 1937, propiciaron que fuese designado ministro de Bienes Habús (patrimonios destinados a obras asistenciales y religiosas) en el Gobierno jalifal cuya dirección ejecutiva ejercía el gran visir, el ya célebre Sidi Ahmed El Ganmia. A su vez, Torres era famoso en los dos Marruecos (español y francés), tanto por haber defendido la neutralidad de las gentes del norte ante la guerra que devastaba a España, como por

Habús

Administración de propiedades públicas, las antaño denominadas bienes de manos muertas (tierras no cultivadas), cuyos capitales o intereses se destinaban al mejor cuidado del culto islámico, el mantenimiento de sus sedes (escuelas coránicas y mezquitas), así como al refuerzo asistencial en favor de la colectividad musulmana.

haber resistido las coacciones de militares españoles de alto rango, a los que su neutralidad ético-religiosa irritó al considerarla «desleal» y hasta «acción hostil».

En aquel segundo año de la Guerra Civil española, nada se sabía de lo ocurrido, en los primeros días de agosto de 1936, cuando el jalifa Muley Hassán salvó la vida de Torres en presencia del general Orgaz, alto comisario, y de Beigbeder, «testigo requerido» por el jalifa mismo para evitar la encarcelación y apertura del procedimiento sumarial contra el político tetuaní, del que hubiese derivado su fusilamiento o internamiento en una fortaleza como *mal menor*. Tres veces salvado de la muerte hicieron de Torres prueba viva evidente de persona bendecida por la *baraka* (suerte protectora de origen divino), el azar de los elegidos.

No había olvidado a sus héroes ni a su compromiso consigo mismo. *El primero de los primeros*, Mohammed Abd el-Krim, vigilado a la vez que exiliado (desde 1926) en la isla de la Reunión. En cuanto a compromisos, fortalecer su Partido de la Reforma (*Al-Islah*) y mantener viva, siquiera fuese por vía postal certificada, la esperanza en la libertad para el cautivo de Francia en aguas índicas. El Partido Reformista crecía solo, pero aquel rehén de Francia, de lo huérfano que estaba de ayudas, precisaba de su mano. En cuatro ocasiones (tal vez más), Torres escribió a los Gobiernos franceses solicitándoles la plena libertad para el que fuera jefe del Rif Libre. En esos años de 1934, 1936, 1940 y 1947, al palacio parisino de Matignon, sede del Ejecutivo, llegaban las cartas de Abd el-Jalek Torres. Que archivadas fueron junto a las de otros solicitantes de clemencia, aunque no tan perseverantes como él.

Detallar las trepidantes andanzas de Torres en las tres escalas (Adén, Suez y Port Said) que el *Katoomba*, envejecido paquebote fletado por el Gobierno francés; buque-cárcel y buque-prisión, zarpado de Saint Denis, en la isla de la Reunión, donde los hermanos Abd el-Krim y sus familias habían soportado tedioso y enfermizo castigo durante veintiún años, para ser informados aquel 31 de mayo de 1947, que Faruq I, rey de Egipto, les concedía el derecho de asilo y les ofrecía su protección personal, con lo que las cincuenta y dos personas internadas en tan ignominioso mercante gozarían de la libertad, desborda este marco biográfico en lo narrativo, no en el análisis de sus consecuencias y las reflexiones sobre lo que pudo derivarse de aquellos hechos.

En el borde de los atrevimientos, Torres fue más atrevido que ningún otro líder marroquí de su tiempo, a excepción de Muley Ahmed El Raisuni. A diferencia del caudillo del Garb y Yebala, Torres jamás entró en la ilegalidad, por cuanto sus causas eran morales y patrióticas, incluso humanitarias —por las esposas e hijos de los Jattabi, varios de ellos enfermos—, pero tales argumentos carecían de toda validez ante los poderes coloniales por él ridiculizados: Reino Unido, España y Francia, por este orden. Y en política se entienden (se consienten) no pocas cosas, pero ninguna que ponga en entredicho la autoridad de los nombres de gobierno y, sobre todo, la imagen de solvencia del Ejecutivo desacreditado por esa burla o farsa.

En 1947, la vieja Inglaterra afrontaba la independencia de la India y su partición en dos estados: India y Pakistán, a su vez desdoblado en dos masas, Pakistán Occidental y Oriental (el futuro Bangladesh, independizado tras la derrota pakistaní en la guerra de secesión de 1971). La liberación de Abd el-Krim, envuelta en ese halo de osadía y epopeya que definiera lo conseguido por Abd el-Jalek Torres y sus correligionarios, sumada a la sorprendente facilidad resolutoria del proceso, con el que caricaturizó a británicos y franceses, dueños de los dos mayores imperios del mundo, enfureció no tanto a los sonrojados gobiernos —el de Clement Attlee en Londres y el de Paul Ramadier en París—, como a sus Servicios de

Información y Contraespionaje, el MI5 y el Deuxième Bureau. Es lícito suponer que los gestores de ambos organismos de Seguridad Nacional, a su vez desacreditados, consideraran la opción de tomar decisiones. Por sí mismos. Cuando se desclasifiquen, tanto en París como en Londres, pero sobre todo en Madrid, todos los documentos, militares y diplomáticos, relacionados con lo sucedido aquel 31 de mayo en Port Said, sabremos si esa contrarréplica estuvo cerca de producirse o no pasó de un borrador de notas tras reuniones guiadas por la rabia y la urgencia, en las que se hablaría mucho y se escribiría muy poco.

Torres intuía que se jugaba la vida, pero con *posterioridad* —represalias centradas solo en su persona—, expectativa que no le intimidaba, preocupándole su paz familiar, emparejada con su irrenunciable nacionalismo. Su valor admira; su temeridad, asombra. En Port Said se mostró tan impávido y valiente como en su célebre desplante ante el general Orgaz en aquel Tetuán de 1936, donde los objetivos a cumplir valían cien veces más que mil vidas. La diferencia entre uno y otro caso no radica en la fidelidad al ideal ante un momento crítico, sino en esa firmeza dentro de la frialdad, que caracterizan al político o al militar unguido con la trascendencia del acto que asume y mantiene. Bien es cierto que todo héroe, cuando se compromete a conseguir algo de por sí imposible, asume con naturalidad el grado máximo de su *imprudencia*: poner en riesgo no ya la propia vida, sino la de los compañeros. El sacrificio personal no tiene otro límite que la vida de uno mismo, pero hay que medir bien las consecuencias posteriores. Y la liberación de Abd el-Krim pudo ser el fulminante que detonase una primera bomba —accidente simulado en el que Torres pereciese o la desaparición, de por vida, del popular líder nacionalista, como le sucediera a Ben Barka—, con lo que el polvorín marroquí hubiese saltado por los aires.

Que la hazaña sea un hecho y la temeridad que la defina se impongan sin muertes ni convulsiones nacionales, es cosa afín a prodigios fuera de toda estadística. Porque de tiros en la cabeza (de Torres) no pocos hablaron, pero los encajaron sus convecinos (sucesos de Tetuán, 8 marzo 1948). Torres acabó en el exilio, pero podía haber acabado en una fosa disimulada en un lugar incógnito y su proyecto encontrar cabida en ese hueco sin fondo. Verídicas eran las iras peninsulares, con flechas y yugos en la pechera. Torres sometió su ideal —una sola nación (Marruecos), un rey legítimo (Mohammed V)— a fortísimas presiones destructivas, inevitables a fuer de ser lógicas. Obligó al general Varela, alto comisario, a tomar decisiones contrarias a la mejor España y a él mismo para defender el orgullo franquista, que repudiara en 1942. Pudo quedarse Marruecos sin paz, sin futuro y hasta sin razón libertadora, detentándola desde aquella célebre carta que El Raisuni escribiese (31 mayo 1919) al presidente Woodrow Wilson, de la que ninguna respuesta obtuvo al haber sido interceptada, casi con toda seguridad, en Madrid, tras previo aviso llegado desde Tetuán.

Abd el-Krim no fue menos temerario que Torres. Rebelde ya legendario, coronado ante un colonialismo atemorizado y torpe, destronado de todo futuro viable, aureolado por su libertad recién poseída, que un Torres principesco le puso en su mano con tal veneración que parecía representante de *la mismísima voluntad de Dios*, desde su atalaya cairota azotó a colonialistas, funambulistas de la realidad y contrabandistas de principios. Apenas se contuvo en sus reivindicativas soflamas contra Francia, en mayor medida hacia España. Sin embargo, ese poco bastó. Es de suponer que el general Naguib, presidente del Egipto por él liberado (1954) de la histriónica realza que representaba Faruq I, algo pudo advertirle. Suposición a demostrar o desmentir, que espera en los Archivos Militares del Egipto prenas-serista.

Torres arremetió contra edificios inamovibles, definitivos de los errores del hombre a través de su (evolución?), fluctuante entre lo luminoso y lo sombrío, en la que predomina esa oposición a confiar en lo empírico y lo preventivo como barrera eficaz ante las turbulencias que el horizonte esconde bajo su impávida línea de cierre, representativa de esa *calma infinita*, común a los tópicos, los tronos, las tonterías oficiales, las tranquilidades culturales. Con su gesta egipcia, Torres enardeció a muchos y enfureció a otros tantos, quedándose él absorto tras comprobar lo cerca que estuvieron de naufragar Marruecos, Argelia, Túnez y Egipto, trasatlánticos sociales del norte de África, que se dejaron la pintura de sus cascos al raspar las murallas submarinas existentes bajo las petroleadas aguas de Port Said. Torres tenía entonces 37 años. Su coraje y exaltación le mantenían en la frontera de *los veinte años*. Cuando se sabe que el mundo en verdad es redondo, pero no se ha tenido tiempo de comprobarlo y descubrir entonces lo deslizante que puede ser. Por su propia curvatura.

Mohammed V le nombró embajador en Madrid cuando pasó por Tetuán a su vuelta de la España de aquellos primerizos días del abril de 1956, conmocionada porque el hijo pródigo se iba sin besar la mano de su decepcionado protector durante veinte años: Franco. Mohammed V regresaba detestado por el franquismo, desesperado él porque no pudo manifestar su irritación en voz alta, pero con la independencia de su patria bien amarrada. El soberano alauí castigará al Caudillo el 6 de mayo de 1959 con la liberación, en el Palacio Real de Rabat, de los cuarenta españoles cautivos desde el invierno de 1957, a raíz de esa guerra no declarada, que España y Marruecos mantuvieron por Ifni y el Sáhara Occidental, acto presentado ante la prensa internacional tres días después del vigésimo «Desfile de la Victoria», en Madrid, que certificaba la hondura y persistencia de una posguerra inacabable. Franco ya no era él, sino un exiliado en El Pardo, islote palacial con talante escurialense, emergido sobre las estepas peninsulares, tan alejadas de la España protectoral de Mariano Bertuchi, del coronel Emilio Blanco Izaga y el general Osvaldo Capaz Montes, del general conde de Jordana y el general Víctor Martínez Simancas, de la doctora (María del) Monte López Linares o del profesor Fernando Valderrama Martínez.

Aquel año de 1956 Torres era un héroe popular, que el oficialismo alauí adoptó como uno de los suyos, entronizándole en el lugar que le correspondía: la diplomacia beligerante. Mohammed V actuó con nobleza hacia él, no exenta de íntima prevención: todo libertador, sea de reyes o monarcas republicanos, inspira forzoso miedo, pues el libertado suele caer en agónicos insomnios, donde a sí mismo se repite, una y otra vez: *quien te ha liberado, mañana te sojuzgará*. Un clásico en el mundo de las sospechas políticas, que no concernía a Torres, estoico en estas cuestiones. El príncipe Hassán puso a enfriar sus ilusiones, no su ego. Una vez convertido en rey, Hassán II alejó a Torres de su lado, indiferente a sus lealtades, penalidades y proyectos.

Torres salvó a Marruecos en agosto de 1936, pero en mayo de 1947 pudo encadenarlo a otra extenuante guerra por la independencia. El silbido de ese proyectil pasó muy cerca y cayó en Argelia, destrozándola: *La Toussaint Rouge*. La Pascua Roja (1 noviembre 1954) fue un continuo derrame de sangres franco-argelinas, extendido a lo largo de siete años y cuatro meses de martirio (Acuerdos de Evian, febrero de 1962). Francia estuvo al borde de la guerra civil entre mayo de 1958 y abril de 1961. Sorteado el peligro de simultáneo choque entre España y Marruecos por las campañas en Ifni y el Sáhara, gracias a la sapiencia de unos —Fernando M^o Castiella, Maurice Couve de Murville, Michel Debré, general De Gaulle, general Muñoz Grandes, Max Lejeune (ministro del Sáhara)— y la flexibilidad de otros —almirante

Carrero Blanco, generales Alonso Vega y García-Valiño—, Torres fue internado en el palacio del olvido por decisión del rey. Se le tenía miedo, cuando se le debía la consideración y el reconocimiento que toda nación liberada debe a sus campeadores. Su apellido, «Torres», sigue siendo símil de audacia, determinación y valor; pero también de cultismo y patriotismo. Con su parte de enajenación, como corresponde a un patriota dotado de fe y fortaleza.

Juan Pando Despierto 20.04.2015